

MANUEL ÁNGELES ORTIZ. MEMORIA DE LA ARGENTINA  
 Rodrigo Gutiérrez Viñuales, Diputación de Granada, Granada, 2017.  
 235 págs.  
 ISBN 978-84-780-7499-0

En septiembre de 1940, apareció una de las primeras notas en Buenos Aires sobre Manuel Ángeles Ortiz, ya entonces exiliado en la capital argentina. El segundo número de *Saber Vivir* -revista impulsada por el diplomático chileno José Eyzaguirre, el escultor argentino Alberto Lagos y el editor catalán Joan Merli- incluía un artículo de la escritora argentina María Rosa Oliver sobre el artista andaluz, en donde refería:

*Cuenta el pintor que allá en su Andalucía natal contemplaba durante horas esos muros que parecen absorber el sol, preguntándose si podría algún día expresar plásticamente esa luz intensa del blanco puro; esa que nos da sed de sombra y que trueca los huecos de puertas y ventanas en pocos profundos y negros de agua helada con sabor a limón o a membrillo. Esa blancura mediterránea, de cal y no de nieve, vibra ahora en los cuadros del artista que está entre nosotros.*

Un lustro después se editó el libro *Manuel Ángeles Ortiz*, de autoría de otro exiliado, el escorialense Arturo Serrano Plaja: se trataba de la primera monografía sobre el artista. Publicada por la Editorial Poseidón, también dirigida por Merli, entre las páginas del libro se incluía el poema "Manuel Ángeles Ortiz. Pintor", de Rafael Alberti:

*[...] Ángel que sueña silencioso,  
 del barandal de su azotea,  
 cómo se crea y se recrea  
 su propio espacio misterioso.*

*Mientras la estrella que retrata  
 su sideral fisonomía  
 prende una luz de Andalucía  
 que luce el Río de la Plata.*

Esta confluencia de puntos geográficos y de nombres relevantes del campo cultural es uno de los aspectos que –desde el objetivo principal de la reconstrucción biográfica del artista a lo largo de su estancia argentina- pone en relieve el libro

de Rodrigo Gutiérrez Viñuales, *Manuel Ángeles Ortiz. Memoria de la Argentina*. En efecto, a partir de los datos y referencias sobre la producción de Ángeles Ortiz se puede remarcar la relevancia de las redes artísticas e intelectuales construidas entre europeos y latinoamericanos a mediados del siglo XX. A los nombres de Alberti, Serrano Plaja y Merli se suman, a lo largo de las páginas del libro, sus vinculaciones con María Teresa León, Guillermo de Torre, Norah Borges, Pablo Neruda, Delia del Carril, Joaquín Torres-García, Pablo Picasso, Amparo Mom, Horacio Butler, Victoria Ocampo, Attilio Rossi, Luis Seoane, Maruja Mallo, Julio E. Payró, Rómulo Brughetti, Federico Müller, Jorge Romero Brest, Grete Stern, Enrique Amorim o la condesa "Tota" Atucha - una de sus principales coleccionistas -, entre tantos otros. Los latinoamericanos en Europa, los españoles exiliados, la intelectualidad rioplatense, operan en la publicación como referentes que acompañan el derrotero artístico y personal de Ángeles Ortiz. En un sentido más amplio, las distintas vinculaciones afectivas y profesionales que el artista fue estableciendo también permiten dar cuenta de dinámicas interpersonales y su impacto en la configuración de proyectos culturales.

La cuestión de las tramas culturales es uno de los ejes que se desprenden de esta investigación de Gutiérrez Viñuales sobre la producción, circulación y recepción crítica de la obra de Ángeles Ortiz en la Argentina. A través de una amplia "cronología documental y comentada", el investigador argentino radicado en Granada se propone reconstruir ese período del artista a partir de "la tarea de cruzar la documentación conservada en España con materiales bibliográficos y hemerográficos argentinos, muchos de ellos no disponibles en la península." Así, a lo largo de sus diez capítulos se da cuenta de los primeros vínculos latinoamericanos de Ángeles Ortiz –su conociemien-

to de la obra de Diego Rivera en Madrid en 1915, su contacto con Emilio Pettoruti en París en 1924, o en la misma ciudad, en 1932, con Horacio Butler o Delia del Carril-, su llegada a Buenos Aires en 1939, sus intervenciones en la revista *Saber Vivir* (1940-1944), las series de obras asociadas al paisaje patagónico a comienzos de los años cuarenta, su participación en emprendimientos editoriales, sus años de consolidación profesional a mediados de esa década, sus últimos años de estancia porteña (1946-1948) y su breve retorno a la Argentina a mediados de los años cincuenta.

El marco histórico, evidentemente, está dominado por la Guerra Civil Española y el exilio argentino; así, se encadenan sucesos a partir de la llegada del artista a Buenos Aires a bordo del *Massilia* junto a Ramón Pontones Hidalgo, Gori Muñoz, Arturo Cuadrado y Clemente Cimorra, entre otros españoles que, a partir de la experiencia del exilio, continuarían desarrollando en los siguientes años su labor cultural en suelo americano. En vistas a una organización cronológica más detallada, el autor diferencia el "período argentino" extendido entre 1939 y 1948 - en dónde se encuentran "aspectos que aparecen en obras del artista de los años 20 y 30, que retoma bajo otros parámetros, pero a la vez también varias raíces que sustentarán su arte tras el retorno a Europa en 1948"- y la breve estancia de 1955-1957, destacada por su exposición en la relevante galería porteña Bonino en 1956 y la adquisición de su pintura *Crucifixión* por parte de Rafael Squirru para la incipiente colección del Museo de Arte Moderno de Buenos Aires.

A lo largo de algunos apartados de este libro, el autor retoma una línea de relevamiento ya desplegada en una anterior publicación, *Libros argentinos. Ilustración y modernidad (1910-1936)*; así, el trabajo de Ángeles Ortiz como creador gráfico e ilustrador en libros y revistas publicados en la Argentina en los años cuarenta tiene un lugar central en el relato: por ejemplo, sus imágenes realizadas para publicaciones de Roger Caillois o de la hasta ahora poco estudiada escritora anglochilena Ana María Berry.

Sin embargo, el libro no se acota a esta faceta gráfica de Ángeles Ortiz sino que, como ya se mencionó, también se enfoca en otros aspectos de su producción. Entre ellos se destacan sus cé-

lebres obras en torno al paisaje de la Patagonia, región del sur de la Argentina que fue uno de sus principales temas y que le valieron el reconocimiento de la crítica y de sus pares. De acuerdo al autor, el establecimiento de Ángeles Ortiz en la Patagonia en la segunda mitad de 1941 marcó esta etapa de su vida y su producción: de acuerdo a la definición de Luis Seoane, el artista andaluz fue "el primer gran pintor moderno de la Patagonia". Gutiérrez Viñuales destaca la relación sostenida entre ambos artistas, no sólo por su presencia en las páginas de la revista *Correo Literario* - donde Luis Seoane fue uno de los editores responsables - sino también por el impacto del imaginario patagónico desplegado por Ángeles Ortiz en la propia obra del artista argentino-gallego a inicios de los cincuenta.

El álbum *Estampas litográficas originales: A campo abierto* de 1941, producto de la primera estancia patagónica de Ángeles Ortiz, resulta clave en este sentido. El artista continuaba allí la tradición de los modernos álbumes gráficos editados en Buenos Aires en las primeras décadas del siglo XX, con obras de Pompeyo Audivert, Clément Moreau, Alfredo Guido, Ramón Pontones o Attilio Rossi, entre otros. Tal como señala el autor, algunas de las obras de *A campo abierto* formaron parte, en 1943, de la exposición *The Latin American Collection of the Museum of Modern Art* de Nueva York, en cuyo catálogo Ángeles Ortiz "figura por primera vez como artista argentino". Sin embargo, resultó más destacada en el campo local la serie de *construcciones* realizadas entre 1942 y 1943 a partir de materiales orgánicos como piedras, maderas, raíces recogidos en la Patagonia y con los que realizó "una suerte de ready-made patagónicos... [a partir de una] utilización de los mismos con mínimas transformaciones materiales pero con claras metamorfosis conceptuales". La reseña elogiosa de Julio E. Payró sobre estas producciones en la revista *Sur* fue, tal como sostiene Gutiérrez Viñuales, decisiva para la consolidación del artista en el ámbito argentino, junto con su primera exposición individual, en la Galería Müller de Buenos Aires, a mediados de 1943.

Al señalar el autor que a lo largo de la investigación "nos hemos topado con la dificultad de que varios datos y momentos forman parte de

nebulosas, algunas de las cuales hemos logrado disipar, pero en otros casos el intento resultó infructuoso por la dispersión o falta de claridad de la información”, también destaca su objetivo de “recopilar noticias dispersas, documentación y otros testimonios, cruzarlos con bibliografía y hemerografía producida en ambos márgenes del Atlántico, como asimismo con testimonios orales de familiares de Manuel Ángeles Ortiz y especialistas en su obra, [para recomponer] partes esenciales de su trayectoria plástica y vital como son las correspondientes a sus dos épocas argentinas”. Estos objetivos aparecen claramente sostenidos a través de las profusas referencias y citas históricas y biográficas, la exhaustiva pesquisa documental en archivos públicos y privados, el relevamiento de fuentes y bibliografía y la meticulosa edición de imágenes y registros visuales de la vida y producción del artista.

En el notable cuidado gráfico de la edición se destacan las numerosas reproducciones de fuentes gráficas, imágenes, fotografías y detalles de

publicaciones poco accesibles o escasamente conocidas. El libro devela o descubre así un momento clave pero hasta ahora poco conocido de la obra del artista; ya la idea del “descubrimiento” aparece anticipada desde el detalle de diseño de la tapa, con dos triángulos recortados que dejan entrever un detalle de *Islotes y juncos en el Río de la Plata* (1944, óleo sobre lienzo). A partir de la clave interpretativa de una modernidad cosmopolita y extendida, *Manuel Ángeles Ortiz. Memorias de la Argentina* aporta elementos para seguir pensando, desde nuevos datos y materiales que exceden el propio anclaje biográfico, los múltiples sentidos de los recorridos e intercambios artísticos, de la circulación de ideas, sujetos e imágenes, en la constitución de nexos geográficos y redes culturales dinámicas y complejas.

Silvia Dolinko  
Universidad Nacional de San Martín, Argentina